

Visión de conjunto

Xabier Pikaza

Biblia como teología

El único texto de teología cristiana es la Biblia. Ciertamente, ella es un libro de historia y geografía, literatura y liturgia, oración y derecho, economía y política y bastantes cosas más. Pero, al mismo tiempo y sobre todo, es la *Palabra de Dios* (= teo-logía), para judíos y cristianos. Así lo supieron por más de doce siglos los creyentes de todas las iglesias, que no tenían más principio de vida cristiana que Jesús, ni más texto de teología que la Biblia (*Sacra Pagina*, Página Sagrada).

Solo a partir del siglo XIII, por interés *racionalista* y de organización eclesial, se empezaron a elaborar en el occidente latino libros de derecho y teología dogmática (y después de eclesiología y moral, de sacramentología, misionología y moral... de carácter normativo), dejando la Biblia en el trasfondo como lectura arcana o cantera para sacar de ella propuestas, leyes y doctrinas de una Iglesia que empezaba a crear su propio sistema conceptual, apelando a la Biblia, pero en realidad casi sin ella. Esta situación se agudizó a partir del siglo XVI con la disputa católico-protestante, que terminó dañando a unos y a otros; los protestantes corrieron el riesgo de separar la Biblia de la raíz vital de la Iglesia, y los católicos crearon un sistema eclesial sin Biblia, prohibiendo incluso su lectura a los fieles.

Esta es una historia conocida, y no hace falta recordarla. Lo cierto es que tras el Concilio de Trento (1545-1563) cierta jerarquía latina se sintió amenazada y, creyéndose responsable de la buena interpretación de la Biblia, acabó prohibiendo su lectura a los seglares. Ciertamente, esa situación empezó a cambiar a partir del XIX, pero todavía, en pleno siglo XXI, quedan ciertos problemas no resueltos, de forma que sigue habiendo un tipo de sospecha ante la Biblia, como si ella no fuera Palabra de Dios para el conjunto de los cristianos. Pues bien, en ese contexto, y para colaborar con aquellos que quieren cambiar esa situación, volviendo a las fuentes de la vida cristiana, se ha querido preparar y convocar esta publicación, dedicada a *la lectura contextual de la Biblia*, desde la perspectiva del Pueblo de Dios.

Esta es una publicación bíblico-teológica, es decir, *de Teología*, pues, en principio, no hay en la Iglesia más teología que la Biblia, como testimonio de un camino que los creyentes han de rehacer y recorrer dentro de la tradición de la Iglesia, que es *una* en unidad de comunión, es *santa* como presencia de Dios, es *católica*, es decir, universal, plantada en todas las tierras y pueblos, y es finalmente *apostólica*, pues se mantiene en continuidad con los primeros testigos de Jesús, cuyo testimonio ha quedado recogido en la Biblia.

Espacio para escuchar la Palabra de Dios

El estudio cristiano de la Biblia toma como punto de partida y clave el enunciado de Jn 1, 14 (*la Palabra se hizo carne*, es decir, se hizo hombre, humanidad). En esa línea, esta publicación es una reflexión *bíblico-antropológica*, pues trata ante todo del hombre, llamado y "habitado" por Dios, desde el Génesis (Gen 1-3) al Apocalipsis (Ap 21-22). Pero es bueno que se titule "*Bíblico-Teológica*", porque es el mismo Dios como Palabra el que vive y se encarna en la vida de los hombres.

No es evocación poético/literaria de la Biblia (aunque hubiera deseado que lo fuera), sino un acontecimiento teológico, presentado y desarrollado desde una perspectiva creyente, confiando en el mensaje de la Biblia y empleando para desvelarlo los métodos y el arte de la crítica

histórico-literaria, que nos permiten explorar y describir su tema de fondo y su argumento¹.

1. *Esta es una reflexión de iniciación cristiana*; es decir, de introducción en el camino del Dios de la Biblia, entendida como libro de identidad cristiana. No se quiere elaborar un manual de historia, ni un tratado de filosofía, sino ofrecer una exposición razonada del despliegue (marcha, pascua) del Dios que está en el fondo del complejo y fascinante relato del A. T. y del N. T., en línea de maduración humana (Hch 17, 28).

- La Biblia no es un libro de *pura historia*, aunque sitúa cuidadosamente a Dios y al hombre en un arco de tiempo que va desde el siglo XII a. C. (tradiciones patriarcales) hasta el II d. C. (origen de la Iglesia). En esa línea, más que el despliegue de la idea teórica de Dios en cuanto tal, nos interesa su identidad, la forma en que emerge y se revela, vinculándose a los hombres que responden y actúan según su Palabra. Es, por tanto, un congreso para que se escuche mejor la voz del Dios-Palabra, desde nuestro contexto histórico, este año 2020, desde este nuevo mundo que está naciendo en el tercer milenio.

- Esta no es una publicación de *filosofía, filología o pura historia de la Biblia*, en línea de investigación *académica* de los textos originales, en hebreo, arameo y griego, aunque debemos fijarnos siempre en ellos. Ciertamente, al afirmar que “la Palabra (Dios) se hizo carne” estamos diciendo que ella se expresa y de algún modo se “encarna” no solo en las lenguas antiguas (hebreo, arameo, griego...), sino también en las lenguas y en la vida de los pueblos de América Latina, en su sociedad civil, en su Iglesia, en un momento conflictivo y esperanzado como el nuestro.

2. *Esta es una publicación que quiere centrarse en el Dios de la Biblia, Señor y Salvador, un Dios que se encarna, que está en nosotros y con nosotros, a través de Jesús, en una Iglesia que quiere mantener su memoria*. Eso significa

¹ En esa línea se sitúa mi aportación, como síntesis de estudio y lectura de la Biblia, tras medio siglo de enseñanza en escuelas, universidades y academias, dividiéndolo pedagógicamente en 28 capítulos o clases escolares. Como es normal, retomo y recreo para ello trabajos anteriores, como *Diccionario de las tres religiones* (2009), *Gran Diccionario de la Biblia* (2015), *Comentarios a Mateo y Marcos*, y finalmente con el último libro titulado *Ciudad-Biblia* (2019).

que la Biblia, Palabra de Dios, ha de hacerse Vida en nuestra vida de cristianos. Por eso no queremos ofrecer aquí una investigación general sobre las ideas religiosas comparadas, antiguas y modernas, de Oriente y Occidente, sino un estudio más concreto *sobre el camino del Dios de la Biblia*, con sus elementos distintivos de tipo personal y social, en línea de justicia y esperanza escatológica, abierta a todos los hombres (en comunión dialogal con todas las experiencias religiosas y auténticamente humanas).

Siendo texto literario de gran calidad, la Biblia es el testimonio de la historia judeo-cristiana de Dios, y así lo muestra, en la línea de Eclo 24, cuando dice que el Dios de Israel se hizo Palabra en los libros de Ley (vida) de su pueblo. Avanzando en esa dirección, los cristianos aseguran que Dios se ha revelado plenamente en la “carne” de Jesús, entendida como centro y nervio de la historia universal. Pues bien, en esa línea, la Biblia ha de hacerse actualmente (año 2020) palabra de Dios de verdad en la vida de los hombres y mujeres de nuestros pueblos... El Dios de Sión, el Dios de Jesucristo es nuestro Dios, de manera que nosotros, los creyentes, somos su verdadera Biblia.

3. *Esta es una reflexión centrada en la teología bíblica cristiana* (no simplemente judía, centrada en el A. T.), pues entiende y explica la primera parte de la Biblia (el A. T.) desde la perspectiva de Jesús de Nazaret, judío mesiánico, a quien sus seguidores veneran como Cristo (Hijo de Dios), según el N. T. Tanto los judíos como los cristianos seguimos leyendo y aplicando la misma Biblia hebrea (A. T.), pero desde perspectivas distintas: Los judíos la toman como Biblia entera, Testamento de Dios y documento de identidad israelita, aunque su testimonio puede abrirse al conjunto de la humanidad. Los cristianos, en cambio, toman la Biblia hebrea (o su traducción al griego: LXX) como Antiguo o Primer Testamento que culmina y se cumple en la “carne” de Jesús y de la Iglesia (atestiguada por el N. T.), en apertura a todos los pueblos.

Los judíos en general se alegran de que los cristianos leamos su Biblia, pero tienden a pensar que lo hacemos de un modo menos conveniente, pues nos atrevemos a decir que ella culmina en Cristo, de forma que, añadiendo al A. T. un N. T., corremos el riesgo de tergiversar su

sentido. En contra de eso, los cristianos piensan (pensamos) que la interpretación judía puede ser reductiva, pues cierra el contenido y despliegue de la Biblia en unos libros y temas que se desarrollan plenamente y se entienden mejor al abrirse por Jesús a todos los hombres. De todas formas, no podemos disputar sobre eso, sino que podemos y debemos colaborar con los judíos y con todos los hombres y mujeres que, en la línea de la Biblia de Jesús, quieren ser Palabra de Dios sobre la tierra.

Biblia de la humanidad, tres Biblias

Biblia de Israel, Biblia de Jesús

En contra de Marción y de otros gnósticos del II-III d. C. que rechazaban el A. T. por contrario al Evangelio, añadiendo que la Biblia judía es no solo insuficiente, sino incluso falsa, tenemos que mantener la Biblia entera, que se abre por Israel (con el Antiguo Testamento) a todos los pueblos de la tierra. En un sentido, la Biblia cuenta el “antiguo testamento”, es decir, el camino israelita que ha llevado a Jesús. Pero, en otro sentido, el Antiguo Testamento se amplía a todas las culturas e historias de la tierra, abiertas todas a Jesús, especialmente aquí, en América Latina.

Pues bien, en una línea convergente de oposición a Israel (y a las religiones particulares de otros pueblos, ciertos cristianos posteriores), hasta el mismo siglo XX, han rechazado (e incluso perseguido y matado) a los judíos como enemigos de Jesús, corriendo así el riesgo de condenar también (al menos, implícitamente) su Biblia (el A. T.) y con ella la raíz del cristianismo. Más aún, ellos no solo han rechazado e incluso condenado a los judíos, sino a los hombres y mujeres de otras religiones, destruyendo de raíz las culturas sagradas de muchos pueblos de América Latina, en vez de haber dialogado con ellos, aprendiendo y enseñando al mismo tiempo.

- *En su raíz, la Iglesia ha mantenido el camino y la palabra de Israel, no solo como recuerdo pasado, sino como Revelación permanente de Dios, centrada en el pueblo elegido, pero abierta, desde ese pueblo, a las naciones, de forma que Israel, al descubrir su verdadera identidad, ha debido trascenderla (no perderla), a fin de que todos los pueblos, siendo*

distintos, puedan vincularse a través del Dios de Jesucristo (que es el mismo Dios de Israel y de todas las naciones). Eso significa que, siendo tesoro muy particular de los judíos, que hacen bien al amarlo y a estudiarlo, el A. T. no es un libro exclusivamente suyo, sino que es también de los cristianos (que lo deben compartir con ellos), siendo, al mismo tiempo, un patrimonio universal de la humanidad.

- *La Iglesia ha tomado y entendido la Biblia de Israel desde la perspectiva de Jesús*, no para cerrar su contenido, ni para tomarlo como propiedad exclusiva), sino para reconocer, por un lado, su origen judío, y para afirmar, al mismo tiempo, que ella está abierta a todos los pueblos, a fin de que llegue a su plenitud o cumplimiento mesiánico. En esa línea, los judíos nacionales, pueden y deben seguir leyendo su Biblia no solo para beneficio suyo, sino para bien de los cristianos. Por su parte, los cristianos han de sentirse honrados de compartir con los judíos esa Biblia hebrea (su A. T.), pero abriendo su historia, contenido y promesa a la humanidad entera.

- *La Biblia es finalmente un libro y un espacio de encuentro con todas las religiones y culturas de la tierra...* No es un “libro aparte”, sino el Libro con el que pueden dialogar todos los libros, todos los pueblos, como seguiré indicando. Ciertamente, la Biblia es “Una”, pero es una abriéndose en diálogo de vida a todas las biblias de la humanidad, a las religiones de todos los pueblos, no para condenarlas, sino para compartir con ellas un camino de humanización, en santidad, en justicia, en esperanza de resurrección, porque el centro y meta de la Biblia cristiana es la “resurrección de Jesús”, entendida como principio de resurrección (recreación) para el conjunto de los pueblos, y para toda la humanidad, como lo ha puesto de relieve el Sínodo de la Amazonia, que nos ofrece las pautas para una nueva y más honda lectura de la Biblia.

Biblia ecuménica, tres biblias

Siguiendo en la línea de la reflexión anterior (teniendo en cuenta el contexto del Sínodo de la Amazonia, desde la situación actual del cristianismo y de la humanidad), podemos hablar de tres biblias o libros sagrados, como dijeron muchos Padres y Teólogos antiguos. Ciertamente, como cristianos, confesamos que la palabra de Dios se ha expresado

de manera intensa a través de Jesús, cuyo testimonio ha sido recogido en la Biblia, centrada en su mensaje (Sermón de la Montaña) y en la experiencia de su vida y en su pascua. Pero desde esa Biblia Pascual de Jesús podemos abrirnos a toda la humanidad y recuperar el valor de las otras biblias, pues Dios no se ha hecho en Jesús puramente “cristiano”, sino “hombre”, es humanidad, principio de una nueva y más honda humanidad.

1. Biblia de la Naturaleza: Del Sínodo de la Amazonia, Biblia ecológica. Los cristianos aceptamos la *Biblia de la Naturaleza*, pues Dios habla por ella, como saben los que han dicho que hay dos “revelaciones”, una natural (por el mundo) y otra sobrenatural (en la historia de la salvación culminada en Cristo). Desde nuestra perspectiva, la Revelación “natural” ha de entenderse también como “sobrenatural”; es decir, como expresión de la gracia universal de Dios, que actúa a través del mundo, de la naturaleza. En ese sentido, los cristianos seguimos siendo de alguna forma paganos: vemos a Dios y oímos su voz en el hermano sol, en la hermana luna, en la madre tierra y en la hermana muerte.

Como ha puesto de relieve el *Sínodo de la Amazonia*, el primer libro de Dios es el mundo/vida del que formamos parte. Por eso, una Biblia escrita más tarde, desde la perspectiva de Israel y de la Iglesia primitiva, tiene que ayudarnos a reconocer el valor sagrado de la naturaleza y a dialogar con las religiones cósmicas no cristianas. En ese sentido, tenemos que hablar de *una Biblia Ecológica*, Biblia abierta al sentido de la creación, de toda la creación; por eso, ella empieza con el Dios creador (Gen 1-3) y culmina con la nueva creación. Una Biblia que lo olvide no es Biblia.

De un modo consecuente, la Biblia cristiana no quiere destruir el valor de las religiones cósmicas (paganas), sino abrir con ellas un camino de humanidad, en una línea de respeto mayor hacia la naturaleza sagrada, como han puesto de relieve algunos movimientos ecológicos. En esa perspectiva debemos recuperar el carácter religioso del mundo y de la misma vida humana, el valor del varón y la mujer, en igualdad y complementariedad, el valor sagrado de la tierra, del agua, de la atmósfera, al servicio de la vida humana y de la justicia.

Solo un Jesús que recupere y potencie la Palabra cósmica y vital de Dios podrá ser inspirador y fuente de una Biblia abierta a todos los seres humanos. De un modo convergente, debemos recuperar por Jesús el valor de todos los pueblos y culturas de la tierra (con su Biblia cósmica y vital), superando el exclusivismo de algunos grupos judíos que se consideraban depositarios privilegiados (y a veces únicos) de la Revelación de Dios, como si ellos solos fueran dueños de la Palabra de Dios.

La Biblia de los seguidores de Jesús solo será Palabra de Dios en la medida en que nos permita recuperar, por tanto, el valor sagrado de la naturaleza, la igualdad entre varones y mujeres y la apertura a todos los pueblos y culturas de la tierra. No será una Biblia para algunos, en contra de otros, sino Libro abierto a todos, desde el mundo (en fidelidad al cosmos), en una historia dirigida al encuentro universal. Solo leída en esa línea puede entenderse de verdad.

2. *Biblia interior.* Hay una Biblia de la interioridad, como ha sabido san Pablo cuando dice que la Escritura o *Carta de Dios está escrita en nuestros propios corazones* (cf. 2 Cor 3-4). Sin esa voz interior, sin esta Palabra de Dios que resuena en la intimidad de cada ser humano, no se puede hablar después de una Biblia de Jesús. La primera Palabra de Dios no es un libro exterior (que puede escribirse con tinta o grabarse en un soporte electrónico), sino aquella Voz que se graba de una forma viva en cada corazón de hombre o mujer que la escucha o responde.

Según eso, el libro exterior está al servicio de ese “libro interno”, que es la verdadera Biblia de la Vida de Dios en cada uno de los hombres y mujeres. De esa Biblia interior (del Dios que inscribe su vida en aquellos que le acogen) han hablado no solo las religiones orientales (budismo, hinduismo...), sino también los judíos y los musulmanes, que saben que existen un “libro celeste” que es la Voz del único Dios (como totalidad del ser y de la vida) que se expresa en muchas voces (pues habla y se deja grabar-acoger en cada uno de aquellos que le acogen).

Esta es la Biblia de la Libertad de los pueblos y de los individuos, la Biblia del diálogo con las religiones orientales y con la modernidad..., pero sin olvidar que ella es, al mismo tiempo, Biblia de la naturaleza y de la justicia social, Biblia de la resurrección de todas las cosas (Ap 21, 5).

No tiene sentido hablar de un libro externo (de una Biblia multiplicada en miles y miles de letras hebreas o arameas, griegas o árabes, castellanas o quechuas) si es que no hablamos antes de ese libro o Biblia interior, universal, que se expresa y se despliega en cada ser humano en la medida en que es capaz de escuchar la gran "Voz" y de dejarse llenar por la presencia sagrada. Al servicio de esa Biblia interior está la Torá de los judíos, lo mismo que el Nuevo Testamento de los cristianos y el Corán de los musulmanes. Por eso, antes que hablar de disputa entre libros, debemos hablar de la unidad del Libro de Dios que se expresa en aquellos que le acogen en su interior, en una línea que vincula a todos los pueblos de Oriente y Occidente. Solo leída así se entiende y se aplica de verdad la Biblia cristiana.

3. **Hay, finalmente, una Biblia Histórica**, fijada en un libro que, estrictamente hablando, solo se ha dado en las religiones proféticas, que han puesto de relieve la función de unos hombres especiales (Moisés, Jesús, Mahoma), por medio de los cuales Dios se ha manifestado o encarnado de un modo intenso, como dicen sus libros sagrados. Pero las religiones que admiten una "Biblia histórica" no pueden negar ni rechazar las Biblias anteriores, sino que suponen su existencia, pues su Dios se manifiesta también por la naturaleza (como saben las religiones cósmicas) y por la vida interior de cada ser humano (como saben las religiones de la interioridad). Pero, suponiendo eso, ellas añaden que ha existido una teofanía o manifestación histórica de Dios, que se ha expresado de un modo especial en unos libros sagrados.

Aceptando lo anterior, estas religiones proféticas añaden que *Dios se ha manifestado de un modo especial*, diciendo una Palabra intensa, a lo largo de un proceso histórico o en momentos especiales, a través de ciertos individuos privilegiados, que son los profetas, cuya memoria se conserva en unos libros sagrados. A veces se ha pensado que esta "Revelación especial" inutiliza (o condena) las revelaciones, como si fueran menores, imperfectas o perversas. Así, los *magos y sacerdotes paganos*, que conciben a Dios como poder del cosmos, serían impostores, puros idólatras a quienes se debe "convertir" por la fuerza o exterminar. Por su parte, los *místicos de la interioridad*, que buscan a Dios dentro de sí mismos, estarían al fin equivocados, pues Dios no habla en el interior

de cada uno, sino que lo ha hecho solo a través de un profeta especial (Moisés, Cristo, Mahoma).

Pues bien, en contra de eso, los auténticos cristianos (y judíos y musulmanes) saben que sus profetas y sus “biblias” no van en contra de los libros de la naturaleza y de la interioridad, sino que nos ayudan a entenderlos, descubriendo y desarrollando mejor su sentido. Los profetas (autores de los libros sagrados de las religiones monoteístas) no son puros sacerdotes cósmicos, ni expertos en mística interior, sino hombres y mujeres que se atreven a *escuchar y recoger la palabra de Dios* en la historia, asumiendo así un camino y tarea de Revelación que se expresa en la liberación de los oprimidos (judaísmo), de los pobres (Jesús) y de los marginados de su tiempo (Mahoma).

Las religiones proféticas pueden afirmar en un nivel la existencia de una *teofanía y biblia cósmica*, diciendo que Dios se manifestará por los grandes fenómenos y procesos de la naturaleza. Ellas admiten también la *Biblia interior del corazón*, por la que Dios habla directamente a cada hombre. Pero eso no les basta. Ellas añaden que existe una teofanía histórica, que ha quedado fijada en unos libros sagrados. Esas religiones confiesan que *Dios se ha manifestado diciendo su Palabra personal*, a lo largo de la historia o en momentos especiales, a través de ciertos hombres privilegiados, que son los profetas, vinculados de un modo especial con sus libros sagrados. En esa línea anterior, podemos afirmar que para judíos, musulmanes y cristianos *teofanía y profecía* se acaban identificando y las dos se concretizan por fin en las *Escrituras*. «De muchas maneras puede revelarse y se ha revelado Dios en otro tiempo, pero básicamente lo ha hecho a través de los profetas...» (cf. Hebr 1,1).

Judaísmo, cristianismo, islam.

Tres lecturas bíblicas

1. *El judaísmo es religión del Libro de la Ley y del Pueblo que la cumple.* Es importante para los judíos la trascendencia de Dios, la historia de su Revelación y el mismo Libro santo (la Mikra, con sus tres partes: Pentateuco, Profetas, Escritos); pero en un sentido estricto, el judaísmo se define como religión de la Ley (de un tipo de vida que Dios mismo ha revelado para los elegidos de su pueblo) y del Pueblo que la cumple,

para así ofrecer una señal de Dios a todas las restantes naciones de la tierra.

Los escribas judíos (los grandes rabinos) no se preocupan por deducir de la Biblia unas teorías sobre Dios o sobre el mundo, sino por fijar a partir de ella y de las tradiciones unas normas de vida. Les importa la ortopraxia más que la ortodoxia. Ciertamente, los judíos creen que la Ley es gracia, don de Dios, revelación de un misterio que les sobrepasa, regalo sagrado y salvador que Dios mismo ha querido dar a su pueblo para guiarle sobre el mundo. Pero, al mismo tiempo, los judíos se sienten llamados (casi obligados) a cumplir esa Ley como norma de vida nacional. Por eso, un judío es un hombre que se sabe vinculado a un pueblo elegido, con una ley religiosa, que por gracia de Dios es capaz de cumplir.

2. *El cristianismo, religión de Encarnación mesiánica.* Allí donde los judíos ponen la Ley, ven los cristianos al Hijo de Dios, unido al Padre, dándonos su Espíritu. En ese aspecto, en el principio de su fe se encuentra (al menos implícitamente) la confesión trinitaria. Lógicamente, más que de una revelación del Libro, ellos hablan de una encarnación del Hijo de Dios en la vida y pascua de Jesús que aparece ahora como principio y cabeza del nuevo pueblo de Dios que desborda el ámbito judío y se abre de forma misionera a todas las naciones de la tierra. Sin duda, a ellos les importa también la ortopraxia, pero de la misma manera han puesto de relieve la ortodoxia y, de un modo especial, la experiencia de la gracia universal. Lo que define a los cristianos es la experiencia mesiánica de liberación abierta a todos los pueblos de la tierra. Por eso, ellos han de ser testigos de la gracia universal. Por eso entienden toda la Biblia desde Jesús, centrándola en su mensaje (Sermón de la Montaña) y en la experiencia de su Pascua (Muerte y Resurrección).

3. *Solo el islam acaba siendo la religión profética por excelencia, la religión del Libro.* Dios se manifiesta a través de la palabra de Mahoma, recogida en el Corán, formando una comunidad que quiere estar abierta a todos los hombres de la tierra, en gesto de fuerte sumisión a la voluntad de Dios. Los musulmanes no tienen pueblo escogido, en el sentido judío del término. Tampoco creen en la encarnación de Dios (ni en Cristo ni en Mahoma ni en ninguno de los hombres). Ellos insisten en la

revelación del Libro de Dios (Corán), transmitida por Mahoma a todos los pueblos de la tierra. Esa revelación suscita el islam, término emparentado con shalam/shalom que significa, al mismo tiempo, sumisión (a la voluntad de Dios) y pacificación (culminación de la historia, reconciliación entre los humanos). Según eso, más que alguien que cumple (judío) o que agradece y expresa en forma misionera la liberación ya realizada (cristiano), el musulmán es alguien que acepta la voluntad de Dios, tal como se expresa a través de la palabra de Mahoma (del Corán), para ajustar su vida a ella.

Tres valores, tres riesgos

Podemos resumir el tema. *El judaísmo* interpreta la Palabra de Dios o Biblia como ley nacional, identificando la voluntad de Dios con su identidad de pueblo elegido, esperando la paz escatológica en que se unirán todos los pueblos. *El cristianismo* entiende la Biblia centrada en el Evangelio, como expresión de la presencia de Dios en Jesús, donde el Reino de Dios se ha hecho ya presente para siempre. El *islam* entiende la Palabra de Dios expresada en el Corán, como norma definitiva para todos los pueblos.

a. Islam. Riesgo de una interpretación literalista. La mayoría de los musulmanes tienen miedo a las ciencias humanas, especialmente al estudio histórico-crítico del Corán, como si la Palabra de Dios no tuviera nada que ver con el desarrollo psicológico y social de los hombres. Para ellos el Corán es Palabra de Dios al pie de la letra, en la forma en que lo dictó Mahoma y lo recogieron los primeros musulmanes. Por eso, no analizan literariamente su Escritura, ni sus tradiciones religiosas, como si el Corán fuera solo Palabra de Dios y no fuera también palabra humana... Por eso, en general, los musulmanes no dialogan, sino que se limitan a repetir al pie de la letra lo que dice su Biblia/Corán. En esa línea, su Biblia corre el riesgo de cerrarse en sí misma. El día en que abran su Biblia, el día en que dialoguen con la Biblia judía y la cristiana y con la Biblia de la Naturaleza y de la interioridad... podremos iniciar una nueva etapa de diálogo religioso y de renovación de la humanidad.

b. Exégesis judía. Interpretación nacional. La Biblia judía quedó fijada más o menos en tiempos de Jesús y desde entonces no ha cambiado el texto, pero sí las interpretaciones que se han hecho utilizando diversas técnicas literarias: *el pesat* buscaba el sentido literal o directo; *el derás* buscaba el sentido derivado, sacando conclusiones; la *halaká* interpretaba los textos legales y la *hagadá* los textos históricos. Actualmente, judíos y cristianos leen juntos el Antiguo Testamento (la Biblia israelita), pero los judíos lo hacen desde la vida y ley del pueblo de Israel y los cristianos desde Jesús (con la ayuda del Nuevo Testamento).

c. Exégesis cristiana. Los cristianos toman su Biblia como expresión de la Palabra de Dios, que se ha expresado de forma privilegiada en el camino que va de Israel a Cristo. No niegan el valor sagrado de otros libros, de Oriente y Occidente, y en especial del Corán, al que pueden tomar y toman también como sagrado. Pero, para ellos, la Revelación básica de Dios se da en la Biblia judía y de un modo especial en los evangelios del Nuevo Testamento, que transmiten el testimonio de Jesús, para ser acogido y actualizado. Ellos confiesan en su Credo que el Espíritu Santo “habló por los profetas” y por eso ellos quieren entender la Escritura con la ayuda del Espíritu Santo. Con esto no quiero decir que la Biblia cristiana sea sin más la mejor de las biblias posibles... No quiero condenar ni destruir otras biblias, las de la Religión Amazónica con el Popol Vuh, ni eliminar el hinduismo o el budismo, ni excluir el judaísmo y el islam, sino abrir un camino de iluminación, humilde pero fuerte, en comunión con todos, en la línea del Vaticano II.

Vaticano II: recuperar la “*Dei Verbum*” (1965)²

El documento católico más importante sobre la interpretación de la Biblia es la Constitución *Dei Verbum* (DV), del Concilio Vaticano II (año 1965). Estas son sus aportaciones fundamentales:

Siete principios

1. *La Revelación es un “misterio dialogal”* (en el sentido bíblico), y se centra en el hecho de que Dios se manifiesta como Palabra (*Verbum*); es decir, en forma de comunión y comunicación. Quedaba así claro que

² cf. Alonso Schökel (1969), Artola (1994), Artola y Sánchez (1989), Congar (1960), Grelot (1968), Mannucci (1985), Rahner y Ratzinger (1971).

Dios no revela “cosas”, sino que se revela a sí mismo, para que los hombres sean plenamente humanos “creyendo”, es decir, aceptando la vida como don de amor... Lo que importa no son unas teorías, sino un camino de vida, abierta en amor. En esa línea, el Concilio habla de auto-manifestación o auto-donación personal de Dios, que no quiere enseñar unas doctrinas a los hombres desde arriba, sino dialogar con ellos como amigo, entrando en su vida. Dios no se impone, sino que abre su intimidad para que los hombres y mujeres puedan vivir en ella (en el interior de Dios), en conversación abierta a la respuesta (es decir, en actitud responsable), comunitaria. La Revelación constituye, por tanto, un diálogo de Dios con los hombres, a lo largo de una historia de salvación, en línea creyente (es decir, de fe personal). Dios cree en los hombres, para comunicarse a ellos; los hombres pueden creer en Dios, para acoger su palabra (cf. DV 4-5).

2. *La Revelación se centra en Cristo* o, quizá mejor, se identifica con el mismo Cristo, es decir, con su vida mesiánica (DV 4). La Revelación no trata de Jesús, como si él pudiera separarse de ella (o ella de Jesús), sino que se identifica con el mismo Jesús, que así aparece como Verbo Encarnado, es decir, como la Biblia y Tradición hecha “persona” en su misma vida humana. La Revelación no es un libro (aunque el libro del A. T. y del N. T. sea importante), ni es un conjunto de verdades recogidas y transmitidas en un “depósito” o sistema doctrinal (aunque ese “depósito”, bien entendido, sea también importante), sino que ella se identifica con un Hombre (Hijo de Dios), en quien Dios expresa su plena verdad (es decir, su amor creador) y en quien se condensa la historia de los hombres.

3. *La Revelación se transmite a lo largo de la historia...* Dios habla a los hombres de tal forma que ellos pueden transmitir (comunicarse) la Palabra. No es que ella imponga una verdad externa (independiente de la Tradición), sino que esa misma Tradición forma parte de la Revelación, que habla a los hombres en el mismo proceso (despliegue) comunitario de la vida humana. No hay una Revelación acabada y perfecta, que después se transmite a los hombres, sino que la misma transmisión (comunicación humana), a lo largo de la historia forma parte de la Revelación de Dios. Eso significa que, en vez de estar “fijada” en forma canónica,

independiente de la vida de los hombres, la Escritura se expande en una Tradición viva, a lo largo de la vida de los creyentes (cf. DV 9).

4. *Palabra en Iglesia.* La Revelación de Dios resulta inseparable de la comunidad de aquellos que la acogen, la viven y la transmiten; es decir, del pueblo de Israel y, en el caso cristiano, de la Iglesia. No se puede hablar de Revelación en sí, sin una comunidad que la reciba y la entienda, y se deje transformar por ella, porque la Palabra solo es tal en la medida en que se dice, se acoge, se responde, en una historia de comunicación social. Ciertamente, puede haber (y hay) unos intérpretes privilegiados de esa Palabra que son aquellos que la han “fijado” por escrito (hagiógrafos), y también los ministros de las comunidades, encargados de mantener vivo el impulso de la Palabra (ministros que en la Iglesia constituyen eso que se llama el “Magisterio” (DV 10)), pero la Biblia no queda en manos de unos ministros superiores, sino de la misma Iglesia.

5. *Sagrada Escritura, libro de la Iglesia, no de la jerarquía.* Una división estamental de la Iglesia en clérigos y laicos, unida a la falta de conocimiento de gran parte del pueblo cristiano y, especialmente, al miedo del “libre examen”, propio de un tipo de protestantismo, hizo que a lo largo de los siglos (desde el Concilio de Trento) la Biblia dejara de ser el libro del pueblo, convirtiéndose solo en texto particular de la Jerarquía (Magisterio) y de los teólogos (que se tomaban como parte de la Jerarquía), en un tiempo en que una parte siempre mayor de la población empezaba a leer. Pues bien, en ese mismo tiempo, los cristianos en general dejaron de tener acceso a la Biblia, convirtiéndose en “analfabetos” religiosos, sin más obligación que la de “escuchar y aprender” lo que dijeran los clérigos. De esa manera, la Escritura, leída además en latín, conforme a una traducción canónica (la Vulgata), se convirtió en libro de clérigos, interpretada por ellos, de un modo doctrinal y moralista para el pueblo (pero sin el pueblo). Pues bien, en contra de esa larga “tradición”, la DV 23-25 pide a todos los cristianos que lean e interpreten la Biblia, sea en los textos originales, sea en buenas traducciones, inaugurando así una nueva etapa en la historia de la Iglesia católica.

6. *Escritura, libro de la comunidad cristiana.* Ciertamente, la DV 10-13 sigue pidiendo al Magisterio que acompañe y guíe a los cristianos en la lectura e interpretación de la Biblia, pero con dos grandes novedades.

(a) Desde el momento en que todos pueden (y deben) leer la Biblia, en continuidad con la tradición de la Iglesia, el Magisterio pierde su carácter anterior de “precedencia” o superioridad. Jerarcas y pastores no son ya personas que “saben más” (los únicos que pueden leer, como antaño), pues hay muchos cristianos que saben más que ellos, conociendo mejor la vida de la Iglesia. Eso significa que el Magisterio (obispos y clero) deben encontrar un nuevo espacio de comunión dentro del conjunto de la Iglesia; (b) Desde el momento en que la Revelación no se entiende ya como un “depósito de verdades”, sino como experiencia de comunión con el Dios de Jesús, en vinculación con la Eucaristía (mesa de la Palabra y mesa del Pan), la Biblia se encarna y se despliega en la vida de la comunidad.

7. *Sagrada Escritura y Teología*. Antes del Concilio, al menos desde Trento, la Teología se había separado del estudio de la Biblia, convirtiéndose en una especie de saber autónomo, fundado en ciertas tradiciones de la Iglesia. De esa forma, los teólogos acudían a la Biblia como a una “cantera” para extraer algunas verdades que sirvieran de prueba para los razonamientos dogmáticos. En contra de eso, la DV 24 pide que la Escritura sea como “el alma de la Sagrada Teología”, recuperando de esa forma una tradición antigua de Oriente y Occidente, pues solo a partir del siglo XIII habían comenzado a existir textos de teología autónomos, separados de la Biblia (las Sentencias de Lombardo y después la Suma de Santo Tomás de Aquino). Pues bien, al retomar como base la Escritura, la Teología vuelve al principio de la Revelación bíblica, centrada para los cristianos en Jesús, en el contexto de la búsqueda y experiencia religiosa de la humanidad.

Estas son algunas de las aportaciones del Concilio Vaticano II en la conciencia y vida de la Iglesia, y muchos las han valorado y las siguen valorando, con matices distintos, tanto en línea de apertura (los que toman el Vaticano II como principio de una transformación que sigue en marcha y no ha logrado todavía su pleno desarrollo), pues muchos han recibido y siguen recibiendo con recelo las aportaciones del Concilio, para integrarlas de nuevo en una visión puramente jerárquica de la Iglesia donde un tipo de “tradición” y de magisterio sigue estando por encima de la Biblia).

En contra de ese intento de retorno a un tipo de tradición magisterial impositiva (propia del segundo milenio, no del principio de la Iglesia), el Vaticano II ha puesto de relieve que la Revelación se expresa y acontece en la totalidad de la vida de la Iglesia. Ella se identifica, por tanto, con la misma hondura y sentido de la vida de los hombres, condensada de forma ejemplar en Jesucristo. De esa se vinculan la Revelación de Dios y la vida de los hombres. En otras palabras, la Revelación se identifica con el despliegue personal de los hombres y mujeres, en un diálogo creador de vida, que se centra en la justicia y el amor de Jesús, abierto a la justicia y solidaridad que conducen a la resurrección (vivificación) de los muertos, no solo después de este mundo, sino en este mismo mundo.

Entendida así, según el Concilio Vaticano II, la Revelación bíblica abre *un espacio de libertad y comunión* para todos los hombres, superando un tipo de sumisión anterior, cuando se creía que solo los clérigos (Magisterio) sabían y que el resto de los fieles debían limitarse a escuchar (obedecer) la palabra de los pastores. Ciertamente, entendida en su plenitud, la Revelación implica no solo una historia, sino también una comunidad de creyentes).

Pero no es una comunidad de imposición de unos sobre otros sino de comunicación de todos en línea de enriquecimiento mutuo y de búsqueda compartida. Por su misma naturaleza (vinculada a la entrega liberadora de Jesús por el Espíritu), la experiencia cristiana implica una escucha común de la Palabra, al servicio de la implantación del Reino de Dios.

Una historia que no ha terminado. El Papa Francisco

La Constitución *Dei Verbum* ha sido no solo un lugar de llegada (como han puesto de relieve las observaciones anteriores), sino también un importante punto de partida, tanto en un plano magisterial como teológico. Pues bien, en este contexto, ya en tiempo de Pablo VI, pero especialmente a partir de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, en general, el Magisterio ha tendido a ser “conservador”, admitiendo, sin duda, las novedades de la *Dei Verbum*, pero queriendo reintroducirlas dentro de una visión orgánica de la Iglesia. En esa misma línea se sitúan algunos

obispos y teólogos que, con un término quizá poco exacto, podemos definir como “tradicionalistas”. Pues bien, en contra de eso, con su *Motu Proprio Aperuit Illis* (2019), el Papa Francisco ha querido abrir un camino de libertad y comunión creadora en la lectura y “encarnación” de la Biblia. Así lo quiero mostrar en forma de conclusión de esta ponencia inaugural del Congreso:

a. *El riesgo de una lectura “conservadora” de la Dei Verbum.* Un tipo de teología post-conciliar ha querido poner de relieve la necesidad de mantener la Revelación de Dios y la interpretación de la Escritura dentro de los cauces de una Iglesia cada vez más dirigida (dominada) por un tipo de Magisterio que tiene miedo a la libertad del Pueblo de Dios. Ciertamente, la Pontificia Comisión Bíblica ha publicado algunos documentos de gran interés, que quieren abrir pistas y caminos en la lectura de la Biblia, como fueron ya: *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15 de abril, 1993) y *El pueblo judío y sus sagradas Escrituras en la Biblia cristiana* (24 de mayo, 2001). Pero otros documentos de la misma Comisión resultan más restrictivos, por su insistencia en mantener la lectura de la Biblia bajo el control del mismo Magisterio: *De sacra Scriptura et Christologia* (1984); *Unidad y diversidad en la Iglesia* (11 de abril, 1988); y *Biblia y moral. Raíces bíblicas del obrar cristiano* (11 de mayo, 2008).

Más restrictiva es aún una alocución de Juan Pablo II, *Sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia*, AAS 86 (1994, pp. 232-243) y, sobre todo, la exhortación postsinodal de Benedicto XVI, *Verbum Domini* (30 de septiembre, 2010). Sin duda, tanto el Sínodo de Obispos, que se celebró en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008, sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*, como el documento posterior de Benedicto XVI mantienen y desarrollan con honor la doctrina del Vaticano II, pero los matices son muy distintos, de manera que se tiene la impresión de que el centro no es ya la Palabra de Dios, en su libertad creadora, en diálogo con la humanidad, sino la autoridad de la Iglesia (del Magisterio), que debe custodiar e interpretar esa Palabra, al servicio de una determinada visión del cristianismo y de la misma Iglesia.

En esa línea se ha situado una parte considerable de la Teología “oficial” de la Iglesia católica, hasta el Papa Francisco (2013), que ha parecido más preocupada por mantener su autoridad sobre la Palabra

(para dirigir así a los fieles) que por dejar que la misma Palabra se expanda y actúe de un modo eficaz, en libertad y comunión, en apertura a todos los hombres. En ese contexto se entiende un tipo de exégesis o interpretación bíblica que se ha vuelto muy especializada en el estudio de ciertos detalles histórico-filológicos del texto, pero que tiene miedo de exponer su mensaje renovador, en libertad.

Da la impresión de que cierto tipo de Iglesia ha tenido “miedo” de que la Palabra escuchada en libertad y entendida en comunión, entre todos los creyentes, pueda llevar a cambios en la estructura y en la vida de las comunidades. Es como si quisiera “amarrar” de nuevo la Palabra para que ella no “diga” cosas que pueden ser menos apropiadas para un tipo de comunidad. En ese contexto, algunos hablan de una involución en el estudio de la Biblia.

b. La Revelación de Dios, una palabra abierta. Pues bien, a pesar de las restricciones anteriores parece que la suerte está echada y que la Iglesia en su conjunto no puede volverse atrás, olvidando los retos y la propuesta del Vaticano II (*Dei Verbum*), y así lo ha puesto de relieve el Papa Francisco en todo su magisterio, y especialmente en la promulgación de este Año de la Biblia, invitando a leerla y entenderla (acogerla) sin restricciones. En esa línea, a modo de ejemplo, quiero destacar algunos caminos abiertos en la acogida y estudio de la Revelación:

– *Tradición y tradiciones.* En los tiempos anteriores, dentro de la Iglesia católica, se tendía a destacar una única tradición, que resultaba normativa, de tipo helenista y romano, tal como se expresa en los primeros concilios (celebrados en el ámbito de la iglesia oriental antigua) y como ha desembocado en el Magisterio de la Iglesia occidental (representada sobre todo por los papas, a partir del siglo XII-XIII). Pues bien, sin negar el valor de esa línea, partiendo de los estudios ya evocados de Y. M. Congar, debemos distinguir entre las tradiciones particulares (en especial las de la Iglesia católica) y la gran Tradición de la Iglesia universal, que no puede ponerse al servicio de una determinada iglesia. El mismo Nuevo Testamento ofrece el testimonio de una pluralidad de tendencias o tradiciones (judeo-cristiana y helenista, paulina y petrina, apocalíptica y sapiencial...), que dialogaron y se vincularon para formar la Gran Iglesia, sin que una se impusiera sobre otras. En este

momento volvemos a encontrarnos en una situación semejante, en que se requiere el respeto mutuo y el diálogo entre todos, sin que ninguna tradición quiera imponerse sobre las restantes en la lectura de la Biblia (y, en general, en la acogida de la Revelación).

– *Interpretación de los dogmas.* Los estudiosos de la Biblia han venido aplicando una hermenéutica plural al estudio de los textos. Así, por poner un ejemplo, ellos se sienten con gran libertad para re-situar y re-interpretar las tradiciones sacerdotales del Pentateuco y de los libros de Esdras-Nehemías, destacando lo que sigue siendo válido y lo que debe superarse. Lo mismo sucede en las tradiciones y tendencias doctrinales del N. T., entre Pablo y los sinópticos, Juan y el Apocalipsis. Pues bien, los teólogos no han tenido esa libertad para situarse en los concilios (como el de Calcedonia o el de Trento), de manera que han venido repitiendo las formulaciones dogmáticas de un modo literal. Así, tras la *Dei Verbum*, esa la situación ha de cambiar. Ciertamente, los “dogmas” de la Iglesia son venerables, y se deben recibir con máximo respeto; pero no todos tienen el mismo valor, ni deben entenderse de la misma forma (o de una única forma). En este contexto, quizá la mayor aportación de la teología en los últimos años ha sido el descubrimiento de la diversidad de las tradiciones bíblicas y eclesiales, que deben seguir dialogando, incluso allí donde parece que algunos caminos se han cerrado en falso. En ese sentido se podría hablar de una recuperación dialogal de los «vencidos» de la historia antigua (arrianos y pelagianos, nestorianos y monofisitas), no para invertirla sin más, sino para retomar mejor su problemática y para asumir mejor el sentido de sus formulaciones.

– *Comprensión del Magisterio.* Los teólogos católicos aceptan el Magisterio como *fuentes* teológica o, quizá mejor, como expresión indicadora e incluso reguladora de la lectura de la Biblia. Pero, en su forma actual, muchos piensan que el intento de resolver todos los temas desde la “orientación” (otros dicen “imposición”) de un tipo de Jerarquía, resulta excesiva y unilateral. (1) Es *excesivo*, porque quiere dirimir con fuerza externa las cuestiones de interpretación bíblica, impidiendo quizá que la misma Revelación hable y se exprese en el conjunto de la Iglesia; (2) Es *unilateral*, porque asume y desarrolla una línea teológica que no representa al conjunto de la Iglesia católica (universal) y no responde a la riqueza y pluralidad de las tendencias católicas. Muchos

teólogos hemos pasado de una interpretación directiva del Magisterio, que define y dirime los puntos básicos del dogma y de la teología, a una visión dialogante de ese mismo Magisterio, en una línea que nos permite recuperar el diálogo ecuménico: ortodoxos, protestantes y otros grupos de cristianos solo podrán sentirse unidos a la Iglesia «católica» en la medida en que el Magisterio de esa Iglesia deje de ser normativo en la forma actual y se vuelva signo dialogal de animación creyente, al servicio de la unidad del conjunto de las iglesias.

– *División entre exégetas (teólogos)*. Este es quizá el campo de fricción más significativo para la valoración de las fuentes de la teología. (1) Por un lado, ha estado el *Magisterio Romano* que sigue queriendo imponer su visión dogmática y teológica, definiendo y decidiendo (casi) todo, como si tuviera horror al vacío teológico y a la libertad de diálogo entre los creyentes; (2) En esa línea se mueven *los teólogos más romanos*, que tienden a cultivar su teología a partir del Magisterio, como si fueran solo unos comentaristas de los documentos pontificios; ellos representan la teología que suele tomarse como oficial y, de un modo bastante generalizado, rechazarían y rechazan las visiones hermenéuticas que estoy proponiendo; (3) *Otros teólogos* se muestran mucho más libres y, sin criticar abiertamente los documentos de los papas, congregaciones y comisiones pontificias, se sienten libres para elaborar de un modo creador su propia teología. Hay una *división teológica*, que viene determinada por la diversidad de las «comunidades teológicas». El camino para el diálogo de todos sigue estando abierto, aunque hay dificultades de una parte y de la otra. Algunos han llegado a decir, con exageración, que estamos ante una situación casi esquizofrénica; es decir, de escisión profunda en la valoración de las fuentes teológicas.

– *En contra de la endogamia*. El Magisterio Romano ha tendido a alimentarse de unos textos normativos de su propia tradición, realizando en general un ejercicio selectivo de *endogamia teológica*. En contra de eso, aceptando las aportaciones de ese Magisterio, el conjunto de la teología católica (cristiana) debe sentirse capacitada para escuchar de forma creadora la Palabra. El ideal de la unidad cristiana, propuesto por Jn 17-18 y por el conjunto de la Biblia, no es la uniformidad doctrinal, impuesta de un modo jerárquico, sino la comunión en la diversidad (el pacto entre sacerdotes y profetas del A. T., la comunicación entre las

diversas tendencias del N. T.). Eso significa que la unidad no puede venir dada por la uniformidad ministerial y magisterial (que ha tendido a nivelar y suprimir las diversidades bíblicas), sino por el diálogo entre las diversas iglesias y tradiciones eclesiales, partiendo de la misma diversidad dialogal de la Biblia.

– *Revelación y revelaciones. Una vuelta a lo religioso, es decir, a la universalidad.* Quizá el mayor cambio realizado a partir del Vaticano II en el campo de la Revelación es el que está vinculado con el diálogo religioso, no solo entre las religiones monoteístas (Dios se ha revelado y se sigue revelando al judaísmo y al islam), sino también con las otras religiones, en especial con las de Oriente (hinduismo, budismo...). Así podemos hablar de una Revelación universal (la misma vida humana es manifestación de Dios) y de revelaciones especiales, tal como se han dado y se siguen dando en las diversas religiones. En esa línea se han situado muchos teólogos importantes, como J. Dupuis (1923–2004), proponiendo un diálogo donde las religiones aparezcan como caminos de salvación, es decir, como experiencias de Revelación. Significativamente, el Magisterio ha puesto de relieve las dificultades de este proyecto en una serie de documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe: *Condena de A. de Mello* (1998); *Notificación a J. Dupuis* (2001); *Dominus Iesus* (El Dios de Jesús y el Dios de las religiones, 2000). Pero ese camino de condenas parece haber terminado con el Papa Francisco, de manera que nos encontramos ante una nueva situación.

De esta forma queda abierto el tema del estudio y la interpretación de la Biblia, que ha de hacerse ante todo en tres líneas convergentes:

1. *La fidelidad a la Biblia en cuanto tal*, estudiando su sentido propio, su letra, su historia. Venimos de una tradición bíblica, de Abraham y de David, de Isaías, Jeremías y Daniel, de la esperanza de Sión... Somos herederos de todo el pasado de la humanidad. Pero, de un modo especial, por medio de la Biblia somos herederos de la historia de los profetas y del Señor Jesucristo.

2. *Fidelidad social...* La Biblia de Jesús es el libro de un “condenado a muerte”, el libro de todas las víctimas. Ciertamente, es el libro de todos, pero no de todos por igual, sino a partir de los crucificados de la histo-

ria. La Biblia recoge la voz de todos los crucificados, de los rechazados sociales, de los pobres, de los derrotados. Si olvidamos eso o no lo tenemos bien en cuenta destruimos y negamos su sentido.

3. *Apertura universal.* La Biblia es un libro abierto al encuentro y diálogo de las religiones y culturas, en línea de gratuidad y esperanza de resurrección. No es libro en contra, sino a favor de todos, partiendo del Dios de la vida, que es el Padre de Nuestro señor Jesucristo.

Referencias

Alonso Schökel, L. (ed.) (1969). *Comentarios a la Constitución "Dei Verbum" sobre la divina revelación*. BAC.

Artola, A. M. (1994). *La Escritura inspirada: estudios sobre la inspiración bíblica*. Deusto.

Artola, A. M. y Sánchez, J. M. (1989). *Biblia y Palabra de Dios*. Verbo Divino.

Congar, I. (1960). *La Tradition et les Traditions*. Fayard (Versión castellana: *Tradición y Tradiciones I-II*. Dinor, 1964).

Grelot, P. (1968). *La Biblia, palabra de Dios*. Herder.

Mannucci, V. (1985). *La Biblia como palabra de Dios*. Desclée de Brouwer.

Rahner, K. y Ratzinger, J. (1971). *Revelación y tradición*. Herder.